

Primer Domingo de Cuaresma (A) – 22.02.2026

Gn 2,7–9; 3,1–7; Rom 5,12–19; Mc 4,1–11

INTRODUCCIÓN

Un niño pequeño corrió una vez hacia su padre con un puñado de flores silvestres.

—“Papá —le dijo—, te quiero mucho y, desde ahora, quiero hacer solo lo que te agrade.”

Imaginemos que el padre respondiera con dureza:

—“Te arrepentirás de esto el resto de tu vida. Te quitaré tus juguetes. Comerás solo lo que no te gusta. Ya no habrá nada alegre para ti.”

Ningún padre amoroso respondería así. Al contrario, abrazaría al niño, celebraría su amor y lo guiaría con cuidado.

Y, sin embargo, muchas veces tratamos a nuestro Padre del cielo como si fuera ese padre severo e inflexible.

Tenemos miedo de que, si nos entregamos completamente a Él, nos quite todo lo que nos da alegría. Hoy, al comenzar la Cuaresma, las lecturas nos invitan a

descubrir que Dios no es un tirano, sino un Padre amoroso que desea nuestra confianza y nuestro corazón.

Estamos al inicio de la Cuaresma, un tiempo de conversión y penitencia. La Iglesia nos ofrece estos días como una oportunidad para reordenar nuestra vida y nuestra fe, para reflexionar sobre nuestra relación con Dios y con los demás, para examinar nuestro modo de vivir y, quizá, cambiarlo, de modo que podamos vivir y creer de manera más consciente y plena.

Quienes recorren este camino no quedan libres de tentaciones. La pregunta por el sentido de nuestra vida y de nuestra fe vuelve una y otra vez. Al mismo tiempo, encontramos muchas cosas que intentan distraernos de esa búsqueda.

Pidamos al Señor su misericordia, para que en estos cuarenta días del tiempo cuaresmal volvamos a Él y recentremos nuestra vida en el Reino de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,
muchas personas buscan con ansia las riquezas,
pero tú nos dijiste: «No solo de pan vive el hombre, sino
de toda palabra que sale de la boca de Dios».

— **Señor, ten piedad.**

Muchas personas se valoran en exceso y adoran su propio
ego, pero tú nos dijiste: «No tentarás al Señor, tu Dios».

— **Cristo, ten piedad.**

Muchas personas buscan poder y éxito a cualquier precio,
incluso sirviendo al mal, pero tú nos dijiste:

«Apártate, Satanás: al Señor tu Dios adorarás y a Él solo
servirás». — **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios bueno, que perdona a todos los que se
arrepienten sinceramente,
nos conceda su misericordia.

Que nos libere de todos nuestros pecados,
nos fortalezca en todo lo bueno
y nos conduzca a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Dios bueno, los cuarenta días de la Cuaresma nos ofrecen
la oportunidad de replantear nuestra vida. Cada año nos
regalas estos santos cuarenta días, en los que nuestra
alma puede descansar, renovarse y volver a lo que
realmente importa.

Nuestra fe está enraizada en Jesucristo. Permanece
especialmente cerca de nosotros durante este tiempo.
Que estas semanas profundicen y enriquezcan nuestra
vida. Nuestro camino nos lleva a través de un desierto
maravilloso. A veces lo recorremos con valentía y
fortaleza; otras veces nos sentimos perdidos e inseguros.
Pero confiamos en que tú caminas con nosotros.
Como buscadores, estamos en camino. Ayúdanos a
escuchar tu Palabra y a vivir conforme a ella. Te lo
pedimos por Jesucristo, que vive contigo y nos ama, ahora
y por siempre.

Amén.

HOMILÍA 1: Tentación, pecado y confianza

Permítanme comenzar con una historia: Un niño pequeño corrió una vez hacia su padre con un puñado de flores silvestres. «Papá», le dijo, «te quiero mucho y, a partir de ahora, quiero hacer solo lo que te agrada». Imaginemos que el padre respondiera con dureza: «Te arrepentirás de esto el resto de tu vida. Te quitaré tus juguetes. Comerás solo lo que no te gusta. Ya no habrá nada alegre para ti». Ningún padre amoroso respondería así. Al contrario, abrazaría al niño, celebraría su amor y lo guiaría con cuidado.

Y, sin embargo, con tanta frecuencia tratamos a nuestro Padre celestial como si fuera ese padre severo e inflexible. Tememos que, si nos entregamos completamente a Él, nos quitará todo lo que nos da alegría. Hoy, al comenzar la Cuaresma, las lecturas nos invitan a descubrir que Dios no es un tirano, sino un Padre amoroso que desea nuestra confianza y nuestro corazón.

1. La naturaleza de la tentación

Un hombre recibió una vez una gran herencia y decidió

donarla toda a la caridad. Pero cuando se disponía a entregarla, dudó, preguntándose si tendría suficiente para sí mismo. Esa pausa, ese pequeño momento de desconfianza, refleja lo que hizo la serpiente en el Edén: sembrar la duda sobre el cuidado de Dios. Incluso cuando Dios ha prometido, nuestros corazones son tentados a dudar.

En nuestra primera lectura del Génesis, encontramos la historia de los primeros seres humanos y el árbol en medio del jardín. La serpiente tienta a la mujer, pero el peligro más profundo no es el fruto en sí, sino la desconfianza hacia Dios. La serpiente siembra sospecha: «Dios sabe que, si comes, serás como Él. No quiere que seas feliz». Esta desconfianza oculta es, creo yo, la raíz de lo que la Escritura llama el pecado original. Se manifiesta de muchas formas: miedo a entregarse a Dios, duda de su amor o resistencia a sus mandamientos. Recuerdo haber estado una vez con un grupo de jóvenes, preparándonos para rezar una sencilla ofrenda de nosotros mismos a Dios:

«Señor, aquí están mis manos. Úsalas como quieras. Quitá lo que desees. Llévame adonde quieras. Que se haga tu voluntad en todas las cosas».

Un joven dijo que no podía rezar esas palabras. La idea de entregarse plenamente lo aterrizzaba. Así es el corazón humano: teme que confiar en Dios signifique perder algo que aprecia.

2. Exageración y mal juicio

Un amigo me contó una vez acerca de un compañero de trabajo que decía: «Si sigo todas las normas de la empresa, ¡no disfrutaré la vida en absoluto!». Sin embargo, cuando realmente lo intentó, se dio cuenta de que las normas lo protegían de errores mayores y de un estrés innecesario. A menudo exageramos las restricciones en nuestra mente, del mismo modo que la serpiente exageró el mandato de Dios.

La historia del Edén también muestra cómo la tentación suele llegar a través de la exageración. La serpiente distorsiona el mandato de Dios: «¿De veras dijo Dios que no pueden comer de ningún árbol?». Dios había prohibido

solo un árbol. ¿Cuántas veces exageramos, pensando que los mandamientos de Dios limitan nuestra felicidad en lugar de protegerla?

Podemos pensar que la vida cristiana es solo «debes» y «no debes», pero la Palabra de Dios está llena de promesas más que de restricciones. Incluso en la vida cotidiana, la exageración engendra desconfianza: «Nunca me aprecia», o «Siempre fracaso». Reconocer estas tendencias nos ayuda a discernir dónde la serpiente aún susurra en nuestras vidas.

3. Los pasos del pecado

Un niño ve un frasco de galletas sobre la encimera de la cocina. Primero lo mira. Luego lo desea. Finalmente, lo toma. Es algo sencillo, inocente, y sin embargo el mismo patrón se repite en tentaciones mayores: ver, desear, tomar. La Cuaresma nos invita a practicar el autocontrol, incluso en las cosas pequeñas.

El pecado concreto de comer el fruto implica tres pasos: ver, desear y tomar. Este patrón se repite en la experiencia humana: el rey David vio a Betsabé, la deseó

y la tomó. El primer paso —ver— suele iniciar nuestra caída.

Al entrar en la Cuaresma, el ayuno no debe solo refrenar el apetito, sino también guiar los ojos y la mente.

Necesitamos elegir qué permitimos que entre, guardando nuestro corazón de imágenes, palabras y deseos que puedan desviarnos. La Cuaresma es un entrenamiento de nuestra visión, de nuestra atención y de nuestro corazón para alinearlos con la voluntad de Dios.

4. Pecado, muerte y la promesa de la redención

Imaginemos a un siervo que traiciona a su señor y es condenado a muerte. Pero el señor no solo lo perdona; lo adopta como hijo, dándole un honor mayor que antes.

Esto refleja lo que Cristo hace por nosotros: por medio de su obediencia y su amor, nos eleva más allá del estado original de Adán y Eva.

San Pablo nos recuerda en la carta a los Romanos que, por un solo hombre, el pecado y la muerte entraron en el mundo. La desobediencia de Adán desató un poder sobre la humanidad —un «superpoder» del pecado— que aún

nos esclaviza. Pero Pablo señala la esperanza: por Jesucristo, la obediencia y la vida son restauradas.

Jesús no solo nos devuelve al estado original de Adán; Él eleva nuestra dignidad. Como un siervo que traiciona al rey y luego es adoptado como hijo del rey, recibimos un estatus más alto que el que los primeros humanos gozaron en el paraíso. Por Cristo, las cadenas del pecado y de la muerte son rotas. Incluso si tropezamos, ya no estamos encarcelados por nuestros fracasos.

5. La fe puesta a prueba en el desierto

Una joven estudiante estudió toda la noche antes de un examen, ansiosa por cada posible pregunta. Cuando finalmente enfrentó la prueba, se dio cuenta de que la preparación y la confianza en la guía de su maestro eran suficientes. De manera similar, los cuarenta días de Jesús en el desierto pusieron a prueba su fe, no por el hambre o el peligro, sino mostrando que confiar plenamente en Dios es más fuerte que apoyarse en las propias fuerzas.

El Evangelio de Mateo muestra a Jesús en el desierto, tentado durante cuarenta días. La «tentación» aquí no es

solo una seducción, sino una prueba, un campo de entrenamiento para la fe. Jesús enfrenta tres tentaciones que evocan las pruebas de Israel: el hambre, el deseo de signos y el poder mundano.

1. **Hambre:** Jesús es tentado a convertir las piedras en pan. Responde: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». La fe verdadera confía en Dios para las necesidades diarias en lugar de depender solo de nosotros mismos.
2. **Poner a prueba a Dios:** Satanás insta a Jesús a demostrar la presencia de Dios mediante un acto espectacular. Jesús se niega a usar el poder divino para exhibirse, enseñándonos que la fe no consiste en probar a Dios, sino en confiar en Él.
3. **Poder mundano:** Satanás ofrece todos los reinos del mundo si Jesús lo adora. Jesús responde: «Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás». Incluso en la abundancia, Dios debe permanecer en primer lugar.

Estas tentaciones siguen presentes entre nosotros: la seducción de la autosuficiencia, el deseo de signos y el atractivo de la riqueza o el estatus. Jesús nos muestra que la fe debe ser probada y estar arraigada solo en Dios.

- Recuerdo a un joven que se quejaba del mandamiento de Dios contra la intimidad prematrimonial. Se sentía restringido, pensando que Dios le negaba la alegría. Sin embargo, el mandamiento estaba destinado a proteger la vida y el amor, no a suprimirlos.
- Pensemos en la familia que usa mal los sacramentos por apariencia: la Primera Comunión de un niño se convierte en un espectáculo social, no en un hito espiritual. La tentación suele llegar en formas sutiles y socialmente aceptadas, desafiando nuestra integridad.
- ¿Y qué decir del ayuno? No es un castigo, sino una manera de entrenar los ojos y los deseos, como evitar un catálogo o un programa que despierta la codicia o la lujuria. La Cuaresma es una práctica para la vigilancia en la vida diaria.

Volviendo a nuestra historia inicial: el niño que ofreció sus flores a su padre recibió amor y cuidado a cambio. Dios, nuestro Padre, recibe nuestra confianza, nuestro ayuno y nuestro arrepentimiento con un amor aún mayor. Él no nos disminuye, sino que nos eleva a una vida nueva por medio de Cristo. Al recorrer el camino de la Cuaresma, recordemos: la tentación nos pone a prueba, pero también nos enseña. El pecado puede entrar en el mundo, pero también entra la gracia.

Confiemos en Aquel que ya ha pasado toda prueba, que intercede por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote, que rompe las cadenas del pecado y que nos invita al banquete de la salvación. La Cuaresma es nuestro tiempo para apoyarnos plenamente en su amor, practicar la moderación, cultivar la fe y caminar con Cristo, vencedor del pecado y de la muerte. Amén.

HOMILÍA 2: Caminando con Jesús hacia el desierto

Permítanme comenzar con una historia. En 2011, una artista de Nueva Orleans, Sandy Chang, pintó un muro con pintura de pizarra y escribió las palabras: «Antes de morir, quiero...». Se invitó a los transeúntes a completar la frase. La gente escribió cosas como: «Aprender a tocar la trompeta», «Plantar un árbol», «Ver el Taj Mahal», «Tener siete hijos». Una persona incluso escribió: «Hacer las paces con mi vecino». El muro se convirtió en un espacio de reflexión, recordando a las personas que la vida está llena de comienzos, decisiones y sueños. Y, sin embargo, todo comienzo viene con un desafío: nos pide dar un paso adelante hacia lo desconocido.

Esto es lo que la Cuaresma nos invita a hacer: detenernos, reflexionar y entrar en el desierto de nuestro propio corazón, caminando con Jesús como Él lo hizo. Después de su bautismo, Jesús tuvo una experiencia poderosa: los cielos se abrieron, el Espíritu descendió y Dios dijo: «Este es mi Hijo amado». Seguramente se preguntó: ¿Quién soy realmente? ¿Cuál es mi misión?

¿Qué significa ser el Hijo de Dios? Pero en lugar de comenzar de inmediato su ministerio público, Jesús se retiró al desierto durante cuarenta días. El Espíritu lo condujo allí, a un lugar de vacío y silencio, donde el hambre, la sed y la soledad lo obligaron a enfrentar las preguntas esenciales de la vida.

Imaginemos a un excursionista perdido en las montañas. El sendero desaparece, el viento aúlla y está solo. Al principio, el miedo y el hambre dominan, pero poco a poco descubre la belleza que lo rodea, encuentra un manantial de agua y descubre reservas de fuerza que no sabía que tenía. El desierto actúa de manera similar: quita las distracciones y revela lo que realmente importa.

Tentación y elección

En el desierto, Jesús enfrentó tres tentaciones:

1. **Pan para el hambre:** «Convierte estas piedras en pan». Podría haber satisfecho su propio hambre e incluso ayudar a otros. Pero Jesús sabía que la vida es más que pan; hay un hambre más profunda: de Dios, de sentido, de amor.

Pensemos en alguien que trabaja sin parar para comprar una casa más grande o cosas más bonitas. Se siente satisfecho por un momento, pero el anhelo más profundo de conexión, propósito o paz permanece. El pan por sí solo no puede llenar el corazón.

2. **Probarse a sí mismo:** «Tírate desde el templo y Dios te salvará». Era una tentación de buscar atención, admiración o seguridad. Jesús se negó. Confió en Dios en lugar de exigir señales. Un joven estudiante preguntó una vez a su profesor: «Si hago esto perfectamente, ¿me dará un premio?». El profesor sonrió y dijo: «No. Confía en hacer lo correcto porque es lo correcto, no por la recompensa». Como el estudiante, Jesús actuó por fe, no para exhibirse.
3. **Poder y control:** El diablo prometió reinos y autoridad. Jesús sabía que el deseo de controlarlo todo solo conduce a la ruina. Su respuesta fue: «Adora al Señor tu Dios y sírvele solo a Él». Dios

solo basta; solo el amor y el servicio traen vida duradera.

Estas tentaciones no son solo la historia de Jesús; son la nuestra. La comodidad, el reconocimiento y el poder nos atraen cada día. La vida puede traer desiertos: enfermedad, pérdida, crisis o luchas personales. El desierto pregunta: ¿En quién confiaremos? ¿Cómo viviremos?

Durante la pandemia, muchos se sintieron perdidos, aislados e impotentes. Algunos encontraron consuelo en las cosas materiales o en las distracciones, pero otros descubrieron nuevas formas de orar, servir y conectarse con la familia. Fueron desiertos que revelaron lo que realmente importaba.

Tomarse un tiempo

El tiempo de Jesús en el desierto nos recuerda la importancia de la pausa. Hoy en día, las personas toman fines de semana de bienestar, retiros o viajes de aventura para recargarse. La razón de Jesús fue más profunda: fue al desierto para enfrentar el mal y prepararse para su

misión. La Cuaresma puede ser nuestro tiempo espiritual de pausa: una oportunidad para reflexionar sobre nuestra vida, nuestras decisiones y nuestra vocación como hijos amados de Dios.

Una maestra dijo a sus alumnos: «A veces, dar un paso atrás ayuda a ver con claridad el camino que está delante». Un estudiante se tomó una semana de descanso de las redes sociales y se dio cuenta de lo que realmente lo hacía feliz: la amistad, el estudio y la oración, en lugar de un desplazamiento interminable por la pantalla. Como ese estudiante, la Cuaresma nos invita a retroceder y ver la vida con una luz nueva.

Comienzos y renovación

La Cuaresma es también un tiempo de comienzos. Así como el muro de Nueva Orleans invitaba a completar «Antes de morir, quiero...», la Cuaresma pregunta: «¿Qué es lo más importante? ¿Cómo quiero vivir?». Todo comienzo tiene magia, pero también desafío. Los cuarenta días de Jesús en el desierto nos recuerdan que los nuevos comienzos suelen ser puestos a prueba, pero pueden

conducir a la plenitud de la vida.

Anécdota: Una pareja joven se mudó a una nueva ciudad por trabajo, dejando atrás a amigos y familiares. Al principio, todo se sentía solitario y difícil. Pero poco a poco construyeron comunidad, encontraron sentido en su trabajo y descubrieron talentos ocultos. Los nuevos comienzos requieren paciencia, confianza y valentía, igual que la Cuaresma.

Conclusión

Permítanme concluir con una historia de la vida cotidiana. Un niño pequeño plantó una semilla diminuta en una maceta. Cada día la regaba y observaba. Pasaron semanas y parecía que no ocurría nada. Entonces, una mañana, apareció un pequeño brote verde. El niño se llenó de alegría. Había cuidado la semilla con esmero y paciencia. La Cuaresma es como esa semilla. Nuestras oraciones, nuestro ayuno y nuestros actos de amor pueden parecer pequeños al principio. Pero con el cuidado de Dios, crecen hasta convertirse en vida, amor y esperanza que nos bendicen a nosotros y al mundo.

Tomemos tiempo en esta Cuaresma para entrar en el desierto con Jesús, enfrentar nuestras tentaciones, reflexionar sobre nuestras decisiones y confiar en que el amor de Dios nos ayudará a crecer. Y preguntémonos, como invitaba el muro de Nueva Orleans: «Antes de morir, ¿para qué quiero vivir?». Vivamos como los amados de Dios, sirviendo, confiando y amando cada día. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Presentemos nuestros dones en el altar, ofreciéndolos con gratitud y pidiendo la ayuda de Dios para resistir la tentación y crecer en la fe. Oremos para que sean aceptables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios bueno, en el pan eucarístico te acercas a nosotros y te entregas por completo. Transfórmanos por medio de estos dones de pan y vino, para que sepamos resistir las tentaciones que buscan separarnos de ti. Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias, Dios bueno, una y otra vez. Tú, Dios de bondad y misericordia, no cesas de llamarnos a la plenitud de la vida.

Incluso cuando estamos atrapados en el pecado y la culpa, nos ofreces tu perdón. Nos invitas a confiarnos totalmente a tu gracia. Aunque hemos roto muchas veces tu alianza, tú nunca nos has abandonado.

Por medio de Jesucristo, tu Hijo, has acercado tanto a la humanidad a ti que nada puede separarnos de tu amor. Concedes a tu pueblo un tiempo de reconciliación y quitas la pesada piedra de nuestros corazones, para que podamos respirar libremente en Cristo. Guiados por el Espíritu Santo, podemos vivir según tu Palabra.

Por todo esto te damos gracias con admiración y, unidos a los ángeles y a los santos, proclamamos con alegría:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el cuidado de Dios, oremos con confianza, sabiendo que Él nos escucha y nos da lo que necesitamos.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros corazones y en nuestro mundo.

Fortalécenos en la fe, para que confiemos en tu providencia como Jesús confió en ti en el desierto.

Líbranos de las trampas de la tentación, aléjanos del pecado y ayúdanos a vivir según tu voluntad.

Guárdanos en tu amor, para que, con un corazón indiviso, celebremos esta Eucaristía con alegría, mientras esperamos la venida de tu Reino.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el Príncipe de la Paz y nos has mostrado que la verdadera paz nace de confiar en tu amor.

Mientras caminamos contigo por los desiertos de nuestra vida —en medio de pruebas, tentaciones y luchas—, concédenos llevar tu paz a los demás.

Sana las heridas de nuestros corazones, suaviza la dureza de nuestro espíritu y fortalécenos para perdonar como hemos sido perdonados.

Que tu paz habite en nuestras familias, en nuestras comunidades y en todo el mundo, para que crezca entre nosotros tu Reino de amor y reconciliación.

Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Como el niño que sembró una pequeña semilla, nuestras oraciones, nuestro ayuno y nuestros gestos de amor en esta Cuaresma pueden parecer pequeños al comienzo. Pero, con el cuidado de Dios, crecen y se transforman en vida, amor y esperanza que bendicen al mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios bueno, nuestra vida es como el camino del agua: comienza como una pequeña gota y sigue fluyendo. A veces es tranquila, otras veces impetuosa y turbulenta, pero siempre continúa bajo tu bendición.

Permanece cerca de nosotros con tu bendición, para que podamos reconocer la fuente y beber de ella el agua de la vida. Te lo pedimos y te damos gracias hoy y todos los días de nuestra vida. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios nos bendiga para que no caigamos en las tentaciones de promesas pasajeras.

Que nos conceda la lucidez para reconocer que solo somos verdaderamente humanos cuando lo reconocemos como nuestro Dios y no lo utilizamos para nuestros propios fines. Que Dios nos conceda lo que nos conviene, nos fortalezca para cumplir su voluntad y nos conduzca por el camino que Él quiere para nosotros.

Y que el Dios amoroso nos bendiga y nos guíe,

- el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. **Amén.**

DESPEDIDA

Podéis ir en paz, glorificando al Señor con vuestra vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

En esta Cuaresma, recuerda: Dios no es un amo severo, sino un Padre amoroso. La tentación nos enseña, el pecado nos desafía y la gracia nos transforma. Confía en Él, camina con Él por el desierto y permite que tus pequeños gestos de amor y sacrificio crezcan hasta convertirse en vida abundante.

Lunes de la 1.^a Semana de Cuaresma

Lev 19,1–2.11–18; Mt 25,31–46

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un hombre caminaba con prisa por una calle de la ciudad cuando vio a una mujer anciana luchando por cargar sus bolsas del supermercado. Dudó —llegaba tarde y estaba cansado—, pero finalmente se detuvo y la ayudó a llegar a su casa. Al despedirse, ella sonrió y le dijo en voz baja: «Has sido muy amable». Más tarde esa noche, el hombre se dio cuenta de que había ocurrido algo más profundo: al detenerse por ella, él mismo había sido transformado.

En las lecturas de hoy, Dios nos recuerda que la santidad no es lejana ni abstracta. Se vive en la honestidad, la compasión y el amor al prójimo. Jesús nos dice claramente que todo lo que hacemos por el más pequeño, lo hacemos por Él. Esta Eucaristía nos invita a abrir los ojos y el corazón, para que el amor se haga visible en nuestra vida diaria.

Al comenzar esta celebración, la Cuaresma nos pide que bajemos el ritmo y miremos de nuevo —nuestras decisiones, nuestras prioridades y a las personas que tan fácilmente dejamos pasar. En los momentos ordinarios de la vida, Dios ya está presente, esperando ser reconocido y servido.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, reconozcamos nuestros pecados, para prepararnos a celebrar dignamente los sagrados misterios.

Señor Jesús, te identificas con los pobres y los olvidados.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos llamas a amar no solo con palabras, sino con obras. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús, juzgarás al mundo con justicia y compasión.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la misericordia y la compasión limpie nuestros corazones, perdone nuestros pecados y nos conduzca por el camino de la conversión a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, nuestra salvación, nos llamas a ser santos como Tú eres santo y a reconocer a tu Hijo en los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas.

Vuelve nuestro corazón hacia Ti, ilumina nuestra mente y fortalece nuestra voluntad, para que este tiempo de Cuaresma nos renueve de verdad en la fe, la esperanza y el amor activo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Hace algunos años, un joven que regresaba a casa tarde vio a un pequeño grupo de personas reunidas en un parque, tiritando de frío y compartiendo un pan. Al principio dudó, pero luego les dio los sándwiches que llevaba, se quedó un rato conversando y después siguió su camino. Ese gesto sencillo de cuidado le dejó una paz inesperada, aunque en ese momento no lo comprendió: había encontrado a Cristo en quienes estaban necesitados.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos dice que la medida de nuestra vida se resume en una pregunta: ¿cómo hemos tratado a nuestro prójimo necesitado —al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo y al encarcelado? No somos juzgados por cuánto rezamos o cuántas veces fuimos a la iglesia. Lo que importa es el amor que se hace acción.

Jesús va aún más lejos: «Cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo

hicieron». Dar de comer, vestir, acoger o cuidar a alguien necesitado es servir al mismo Cristo. Ignorarlos es darle la espalda. Muchas veces, como las personas del Evangelio, ni siquiera nos damos cuenta de a quién estamos encontrando.

Por eso el Evangelio puede ser tan exigente. Cristo no está presente solo en los espacios sagrados de la oración y el culto, sino que se esconde en los encuentros cotidianos, especialmente allí donde hay debilidad, necesidad o sufrimiento. Muchas personas sirven al Señor cada día sin saberlo, simplemente respondiendo con bondad, paciencia y generosidad a quienes dependen de otros para vivir con dignidad.

La cruz nos recuerda esta verdad. Allí, Jesús mismo tuvo hambre y sed, fue forastero, estuvo desnudo, enfermo y prisionero. Cada vez que nos encontramos con alguien en su fragilidad, estamos de pie al pie de esa misma cruz. La fe no es solo creer; es amor en acción, visible, concreto y misericordioso.

El joven del parque pensó que solo estaba dando unos sándwiches. En realidad, había servido a Cristo. Cada acto de compasión, por pequeño que sea, toca el cielo. Hoy, la Cuaresma nos llama a ver a Cristo en los vulnerables y a responder con un amor que actúa, porque así el cielo irrumpe en nuestro mundo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que nuestra ofrenda de pan y vino,
y la ofrenda de nuestra propia vida,
sea agradable a Dios, Padre amoroso y misericordioso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
al presentar estos dones en tu altar,
enséñanos a ofrecer no solo pan y vino,
sino también nuestra vida, santificada por la justicia, la
misericordia y el amor al prójimo.
Que este sacrificio nos transforme

en un pueblo atento al hambriento, al forastero y al
olvidado. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

En este tiempo de Cuaresma
nos llamas a volver a lo que realmente importa,
enseñándonos que la santidad se encuentra
no solo en la oración y el sacrificio,
sino en el amor que se hace visible
en la misericordia y la compasión.

Por tu Hijo Jesucristo nos muestras tu rostro
en el hambriento, el sediento, el forastero y el pobre,
y nos invitas a reconocerlo
en los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas.

Mientras recorremos este camino de conversión,
nos alimentas con tu Palabra

y nos fortaleces en esta mesa de vida,
para que, renovados en el amor,
te sirvamos con mayor fidelidad los unos a los otros.

Por eso, con los ángeles y los santos,
y con todos los que buscan amar como Tú amas,
cantamos el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos como una sola familia en Cristo, y confiando en la
misericordia de nuestro Padre, oremos con confianza
la oración que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos libres de pecado y llenos de esperanza,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú eres nuestra paz y nuestra reconciliación.
No mires nuestra debilidad ni nuestro pecado,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele bondadosamente la unidad y la paz,
para que, renovados en el amor,
seamos un signo de tu misericordia para el mundo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesús, el Pan de Vida,
que se entrega por la vida del mundo.
Dichosos los invitados
a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido el Pan de Vida,
la presencia de Cristo entre nosotros.
Ahora Él nos envía
a reconocerlo más allá de este altar:
en el hambriento, en el solitario y en el olvidado.

Lo que hemos recibido con fe,
vivámoslo ahora con amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo.
Que este sacramento nos fortalezca
para reconocerlo en quienes sufren
y servirlo con un corazón generoso.
Que esta Eucaristía dé fruto
en vidas de misericordia, justicia y amor humilde.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN

El Señor los bendiga y los guarde.
Que haga brillar su rostro sobre ustedes
y les enseñe a reconocerlo en los más pequeños.
Que fortalezca sus manos para el servicio
y sus corazones para el amor.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes. **Amén.**

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Señor no nos pregunta cuán grandes fueron nuestras
obras,
sino cuánto amor pusimos en ellas.
En esta Cuaresma, un pequeño gesto de compasión
puede ser el lugar mismo donde encontremos a Cristo.

Martes de la 1.^a Semana de Cuaresma

Isáas 55, 10–11; Mateo 6, 7–15

INTRODUCCIÓN

Una mujer contó una vez que, cuando la vida se volvió abrumadora, dejó de intentar explicarle todo a Dios y simplemente rezaba el Padrenuestro —despacio, una frase a la vez—. “De algún modo”, decía, “esas palabras me sostuvieron cuando yo ya no podía sostenerme”.

Las lecturas de hoy nos invitan a esa misma sencillez confiada. A través del profeta Isaías, Dios nos asegura que su Palabra nunca es inútil: como la lluvia que cae sobre la tierra, da vida y realiza lo que Dios se propone. En el Evangelio, Jesús nos enseña a orar —no con muchas palabras, sino con la confianza puesta en un Padre amoroso que ya conoce nuestras necesidades—.

Llegamos a esta Eucaristía tal como somos, sin condiciones previas ni logros que mostrar. Traemos nuestro cansancio y nuestra gratitud, nuestras heridas y nuestras esperanzas. Dios acoge todo eso. Al celebrar

este santo misterio, que nuestros oídos estén abiertos para escuchar su Palabra, nuestros labios dispuestos a alabar y dar gracias, y nuestros corazones disponibles para ser modelados por la oración que el mismo Jesús puso en nuestros labios.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos así para celebrar dignamente los sagrados misterios.

Señor Jesús, tú eres la Palabra de Dios pronunciada para nosotros.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú eres el Hijo del Dios vivo, que nos enseña a orar al Padre.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos hablas palabras de vida y nos renuevas con tu gracia.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios, rico en misericordia y paciente en el amor, nos mire con compasión, sane lo que está roto en nuestro interior y nos restituya a la amistad con Él, por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Señor, Dios nuestro,
mira con bondad a tu Iglesia.
Mientras disciplinamos el cuerpo con la moderación
y nos volvemos a ti por la penitencia,
concédenos que nuestro espíritu crezca
en un deseo verdadero de ti.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Una niña pequeña observaba a su abuela rezar cada mañana. No había discursos largos ni gestos dramáticos. Simplemente se sentaba a la mesa de la cocina, con las manos rodeando una taza de té, y rezaba en silencio el Padrenuestro. Un día la niña le preguntó: “¿Por qué rezas la misma oración todos los días? ¿Nunca le dices a Dios lo que realmente necesitas?”. La abuela sonrió y respondió: “Esa oración le dice a Dios todo lo que yo necesito recordar”.

Esa sencilla respuesta nos lleva al corazón del Evangelio de hoy y al sentido del tiempo de Cuaresma. Jesús nos dice que la oración no consiste en informarle a Dios cosas que Él ya sabe. “El Padre sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan”. La oración no es cuestión de muchas palabras, ni de convencer o manipular a Dios. La oración nos forma. Da forma a lo que somos ante Dios y a lo que estamos llamados a ser.

A lo largo de la historia siempre ha habido voces que llaman a la conversión, señales enraizadas en la Palabra de Dios y atentas a la vida humana. Jesús es una de esas voces, y en el Evangelio de hoy toca una lucha muy humana: nuestra dificultad para orar. Algunos sienten que Dios se ha vuelto distante; otros sienten que no tienen el valor o las palabras para hablar con Él. Jesús lo sabe, y por eso hace algo único. Solo una vez en los evangelios enseña una oración a sus discípulos, y esa oración es el Padrenuestro.

Esta oración ocupa un lugar privilegiado en la Iglesia porque viene directamente de Jesús. Cristianos de todas las denominaciones pueden rezarla juntos. En la Misa nos ponemos de pie para rezarla, como nos ponemos de pie para escuchar el Evangelio, porque lleva la autoridad del mismo Señor. Su fuerza no está en su extensión, sino en su profundidad. Es breve, sencilla y esencial, como la misma Cuaresma.

Por eso Jesús contrasta esta oración con la palabrería de los paganos. Muchas palabras pueden convertirse en un

intento de controlar a Dios; pocas palabras, rezadas con confianza, nos abren a la presencia transformadora de Dios. El Padrenuestro expresa una profunda confianza en la providencia amorosa del Padre. Dios espera que oremos, no porque necesite información, sino porque desea una relación. Él ama a la humanidad y escucha.

La Cuaresma nos invita a volver a lo esencial. Así como el Evangelio de ayer destacó la limosna, el de hoy destaca la oración. Una práctica sencilla para este tiempo podría ser rezar el Padrenuestro con más calma, tomando una petición cada día y dejándola reposar en el corazón. Entonces la oración deja de ser solo decir algo, y se convierte en llegar a ser alguien.

Años después, aquella niña, ya adulta, estaba sentada junto a la cama de hospital de su abuela. Las palabras eran difíciles. El miedo y la tristeza llenaban la habitación. Entonces rezaron juntas el Padrenuestro, despacio, línea por línea. Al terminar, la abuela susurró: “¿Ves? Todavía le dice a Dios todo”. Y en ese momento, la oración hizo exactamente lo que Jesús quiso: no cambió a Dios, sino a

quien oraba, llenando el silencio de confianza, esperanza y paz.

Que esta Cuaresma nos ayude a redescubrir el Padrenuestro no como palabras que recitamos apresuradamente, sino como la forma misma de nuestra vida como seguidores de Jesús: orientados hacia Dios, abiertos a los demás y firmemente apoyados en la confianza en nuestro Padre amoroso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que, al presentar estos dones sobre el altar,
presentemos también ante Dios
nuestra confianza, nuestro anhelo
y nuestro deseo de aprender a orar,
para que este sacrificio y nuestra vida
sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe con bondad estas ofrendas
que te presentamos con fe.

Mientras aprendemos de nuevo a orar como hijos tuyos,
purifica nuestros corazones
y haz que nuestra vida sea agradable a tus ojos.

Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque por medio de tu Palabra
hablas a lo más profundo del corazón humano,
llamándonos de nuevo a la confianza,
a la sencillez
y a una oración modelada por el amor.

En este tiempo santo de Cuaresma
nos enseñas a soltar las palabras vacías

y a descansar en la certeza
de que conoces nuestras necesidades antes de que te las
pidamos.

Por Cristo nuestro Señor
nos invitas al diálogo de la salvación,
para que, formados por la oración
y alimentados por la gracia,
seamos un signo vivo de tu Reino.

Por eso, con los Ángeles y Arcángeles,
con Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como hijos de Dios y confiando en el amor del
Padre, que conoce nuestras necesidades antes de que se
las pidamos, oremos con confianza las palabras que el
mismo Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
del miedo que cierra nuestros corazones
y de la tentación que debilita nuestra confianza.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
caminemos fielmente como hijos tuyos
y esperemos con esperanza
la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú nos enseñaste a llamar a Dios Padre
y a confiar en su amorosa providencia.
No mires nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia.

Concédenos la paz que nace del abandono en tu voluntad
y haznos vivir unidos en el amor,
tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo,
la Palabra hecha carne,
que nos enseña a vivir
y a orar.

Dichosos los que confían en Él
y son invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

“Cuando oren, no hablen mucho como los paganos...
Ustedes oren así”.

Señor,
muchas veces mi oración está llena de palabras
pero vacía de escucha.

Enséñame a estar en silencio ante ti.

Ayúdame a presentarte lo más profundo de mí:
mi vacío, mi anhelo, mi confianza.

Solo tú puedes transformar el vacío en plenitud.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este sacramento, Señor,
te pedimos que lo que celebramos con los labios
arraigue profundamente en nuestros corazones.

Fórmanos por medio de la oración,
fortalécenos con tu Palabra
y condúcenos a vivir como verdaderos hijos del Padre.

Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN

El Señor los bendiga y los proteja.
Haga brillar su rostro sobre ustedes y les conceda la paz.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La oración no cambia a Dios; nos cambia a nosotros.

Detente en las palabras que Jesús te enseñó

y deja que den forma a tu manera de vivir.

Miércoles de la 1.^a Semana de Cuaresma

Jonás 3,1–10; Lucas 11,29–32

INTRODUCCIÓN

Una vez, a un niño le encantaba mirar los fuegos artificiales. Cada año esperaba con ansias los espectáculos más ruidosos y brillantes en el cielo nocturno, quedando fascinado por los colores y las explosiones espectaculares. Un año, un vecino lo invitó a subir a la cima de una colina para contemplar el cielo al atardecer. Lejos del ruido y del alboroto, notó algo diferente: el brillo silencioso de innumerables estrellas, firmes y constantes, cada una magnífica por sí misma. En ese momento comprendió que lo espectacular no siempre es lo más importante; a veces, lo ordinario encierra una maravilla mucho mayor que lo llamativo.

Durante esta última semana hemos entrado en el tiempo de Cuaresma, un tiempo para mirar hacia dentro, examinar nuestra vida y volver a Dios. La Cuaresma nos invita a alejarnos de las distracciones, de los “fuegos artificiales” de nuestra vida agitada, y a descubrir la

presencia de Dios actuando silenciosamente a nuestro alrededor. Hoy, al escuchar la historia de Jonás y el llamado de Jesús a la conversión, hagamos una pausa, abramos el corazón e invoquemos la misericordia de Dios en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Sacerdote: Señor Jesucristo, por medio de Ti, las personas han cuestionado sus imágenes de Dios y han encontrado un acceso más profundo a Él.

Señor, ten piedad.

Sacerdote: Tú has invitado a las personas a ver a Dios siempre con ojos nuevos.

Cristo, ten piedad.

Sacerdote: Tú nos has mostrado a Dios como Aquel que desea la vida para la humanidad, y no su destrucción ni su muerte. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, fuente de toda misericordia, míranos con compasión. Por medio de tu Hijo nos llamas a la conversión y a la reconciliación. Que Él nos libere de la esclavitud del pecado, renueve nuestros corazones con su Espíritu y nos fortalezca para caminar fielmente por tus caminos. En su Nombre quedan perdonados y restaurados. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso y lleno de amor, Tú nos llamas a la conversión y a la renovación. Concédenos que, al recorrer este tiempo de Cuaresma, disciplinemos nuestro corazón, purifiquemos nuestra mente y fortalezcamos nuestra voluntad para seguirte más de cerca. Que nuestro ayuno y nuestra oración den fruto en obras de amor y misericordia, y que lleguemos a participar más plenamente de la vida de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una vez, a un niño le encantaba mirar los fuegos artificiales. Cada año esperaba los espectáculos más ruidosos y brillantes en el cielo nocturno, fascinado por los colores y las explosiones. Un año, un vecino lo invitó a contemplar el cielo al anochecer desde la cima de una colina. Allí, lejos del ruido y la agitación, notó algo distinto: el brillo silencioso de innumerables estrellas, firmes y constantes, cada una magnífica por sí misma. Entonces comprendió que lo espectacular no siempre es lo más importante; a veces, lo ordinario encierra una maravilla mucho mayor que lo llamativo.

En el Evangelio de hoy, Jesús se dirige a una multitud hambrienta de signos y la llama una “generación malvada” porque busca pruebas espectaculares en lugar de reconocer la verdad que está delante de ellos. Las personas de todas las épocas —ayer y hoy— se sienten atraídas por lo extraordinario, por visiones inusuales y manifestaciones llamativas de la fe. Sin embargo, Jesús señala lo que ya está presente: Él mismo. Él es más

grande que Jonás, más grande que Salomón, más grande que cualquier profeta o rey de Israel.

Esto se ve claramente en la historia de Jonás. Desde niños recordamos su huida de Dios, su estancia en el vientre del pez y su misión final en Nínive. La ciudad, centro de poder y de pecado, fue llamada a la conversión y, de manera sorprendente, respondió. El pueblo e incluso su rey cambiaron de conducta, y el castigo de Dios fue evitado. La historia de Jonás nos muestra que la conversión es posible incluso en los lugares más inesperados, y que Dios actúa de manera silenciosa y perseverante, no siempre de forma espectacular, pero sí profundamente transformadora.

La fe no consiste en perseguir modas ni signos extraordinarios. Consiste en reconocer la presencia constante y fiel de Dios en nuestra vida. Como el niño en la colina, la Cuaresma nos invita a detenernos y a reconocer la constancia del amor de Dios, presente en la Palabra, en los sacramentos, en los demás y en los momentos silenciosos de la vida. La conversión no es

provocada por un signo espectacular, sino por la atención al Dios que nos llama suavemente a una vida más profunda.

Por eso, mientras caminamos en este tiempo de Cuaresma, aprendamos a ver lo que ya está ante nosotros. Abramos los ojos al Dios que está más cerca que nuestro próximo aliento, que camina con nosotros y nos llama a la conversión y a la renovación, no con fuegos artificiales, sino a través de los signos ordinarios, firmes y profundamente vivificantes de su presencia.

Y finalmente, así como el niño descubrió la constancia de las estrellas ocultas tras el espectáculo de los fuegos artificiales, que también nosotros sepamos reconocer a Jesús, silenciosamente presente entre nosotros, como el mayor de todos los signos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que presentamos se conviertan para nosotros en fuente de vida y renovación, agradables a Dios y signo de corazones fieles.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, te ofrecemos estos dones con humilde acción de gracias por tu misericordia y por la presencia de tu Hijo en medio de nosotros. Que este sacrificio, fortalecido por nuestra reflexión cuaresmal y por nuestros actos de arrepentimiento, nos acerque más a Ti y transforme nuestra vida en un signo vivo de tu amor y de tu gracia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Tú nos llamas a la conversión y a la renovación del corazón, y por medio del testimonio de tus profetas y de la predicación de tu Hijo, invitas a todos a apartarse del pecado y a caminar por tus caminos. En tu misericordia no nos abandonas cuando nos desviamos, sino que pacientemente nos llamas y nos conduces de nuevo al camino de la vida.

Hoy enviaste a Jonás a llevar tu mensaje a la ciudad de Nínive, despertando a la conversión incluso el corazón de reyes y del pueblo sencillo. Por tu Palabra y por el ejemplo de tus siervos fieles, sigues hablándonos hoy, invitándonos a examinar nuestra vida, a apartarnos de lo que está mal y a acoger tu gracia con un corazón renovado. Que nosotros, como el pueblo de Nínive, respondamos generosamente a tu llamado, buscándote por encima de todo y creciendo en amor, fe y santidad.

Por eso, con los Ángeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

PLEGARIA EUCARÍSTICA II

(Texto sin cambios, excepto los párrafos insertados para meditación personal)

Párrafo insertado antes de la Epiclesis:

Señor, recordamos cómo has estado presente a lo largo de la historia, guiando a tu pueblo y llamándolo a la conversión, desde Jonás hasta nuestros días. Al ofrecer

esta Eucaristía, envía tu Espíritu sobre nosotros, para que respondamos plenamente a tu presencia con corazones renovados y vidas transformadas.

Párrafo insertado después de la Anámnesis:

Padre, al celebrar el misterio de la muerte y resurrección de tu Hijo, ayúdanos a reconocer que continuas obrando de manera silenciosa y constante en nuestra vida. Que nosotros, como el pueblo de Nínive, escuchemos tu llamado y volvamos a Ti con confianza y obediencia.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos en la fe y en la esperanza, oremos ahora a nuestro Padre del cielo, que nos guía en cada momento de nuestra vida.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, visibles e invisibles, y fortalécenos con tu gracia para que caminemos por tus caminos con valentía, fe y esperanza. Protégennos de todo lo que pueda apartarnos de Ti y manténnos siempre conscientes de tu misericordia, mientras aguardamos la

feliz esperanza y la venida gloriosa de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: “La paz les dejo, mi paz les doy”, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia. Fortalece nuestros corazones en la unidad, calma nuestros temores y concédenos la paz que el mundo no puede dar. Que esta paz guíe nuestras palabras y acciones, para que vivamos como signos de tu presencia e instrumentos de tu amor en el mundo.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a participar de este banquete santo. Con humildad y fe, acerquémonos a Él, dispuestos a ser alimentados y fortalecidos en cuerpo y espíritu.

Todos: Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La Cuaresma significa redescubrir la fe.

Este Pan no me sacia;
despierta en mí hambre de Ti,
hambre de convertirme en pan de vida para los demás.

La Cuaresma significa renovar la fe.

Este Pan me da fuerzas para dejar caminos antiguos
y descubrirte de nuevo en lugares inesperados.

La Cuaresma significa profundizar la fe.

Este Pan me impulsa a la adoración.
Me ayuda a ver más profundamente en mi vida
que Tú eres la fuente, la fuerza interior
y la alegría que mueve mi ser y mi actuar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios todopoderoso y eterno, te damos gracias por el don de este santo sacramento, con el que alimentas y fortaleces nuestro corazón. Que la gracia recibida nos

conduzca a una conversión más profunda, a un mayor amor al prójimo y a un compromiso renovado de seguir fielmente a tu Hijo. Que esta Eucaristía inspire en nosotros una vida de misericordia, humildad y esperanza firme, para que seamos testigos de tu presencia en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

El Señor los bendiga y los proteja;
haga brillar su rostro sobre ustedes y les conceda su gracia.

Que los libre de todo mal, los fortalezca en la fe
y los guíe por los caminos de la santidad.

Que llene su corazón de paz,
los sostenga en la esperanza
y los conduzca con seguridad a la vida eterna. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Así como el niño en la colina descubrió el brillo silencioso de las estrellas detrás del espectáculo de los fuegos artificiales, esta Cuaresma nos invita a reconocer la presencia constante y fiel de Dios en nuestra vida: ordinaria, perseverante y profundamente llena de vida.

Jueves de la Primera Semana de Cuaresma

Ester 4,17; Mateo 7,7–12

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un pequeño pueblo fue azotado por una fuerte tormenta. Una madre y su hijo pequeño quedaron atrapados en su casa mientras el agua subía a su alrededor. Desesperada, abrazó a su hijo y gritó pidiendo ayuda a quien pudiera oírla, pero todo parecía perdido. Finalmente, oró, no con palabras medidas, sino con el clamor sincero del corazón: *“¡Señor, ayúdanos, porque no tenemos a nadie más que a ti!”* En su necesidad, encontró un valor y una presencia que no sabía que tenía. Llegó el rescate, pero ella se llevó consigo una profunda comprensión: a veces es en lo más hondo de la desesperación, en el grito honesto del corazón, donde encontramos a Dios de la manera más plena.

Esta misma verdad resuena en las lecturas de hoy. En la primera lectura, Ester ora desde lo más profundo de su miedo y soledad antes de presentarse ante el rey para

salvar a su pueblo. Y en el Evangelio, Jesús nos invita a la oración perseverante: *“Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá.”* La Cuaresma es un tiempo que nos llama a esta honestidad y perseverancia en la oración. Presentemos ahora nuestros corazones ante Dios y preparémonos para celebrar dignamente esta Eucaristía.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a pedir, buscar y llamar, pero muchas veces dudamos y tardamos en acudir a ti:

Señor, ten piedad.

Tú nos invitas a confiar en tu misericordia, pero con frecuencia nos aferramos a nuestro propio criterio:

Cristo, ten piedad.

Tú nos llamas a vivir según tu voluntad, pero a menudo elegimos nuestro propio camino:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que nos llamas a buscar, pedir y llamar, perdona nuestros pecados, fortalécenos en nuestra debilidad y condúcenos por los caminos de la justicia y de la paz. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso, tú nos llamas a buscar tu voluntad y a vivir según tu guía. Concédenos desear siempre lo que es recto y tener el valor y la perseverancia para llevarlo a cabo, incluso cuando el camino es difícil. Abre nuestros corazones a tu presencia, para que nuestras oraciones sean sinceras, nuestras acciones reflejen tu amor y nuestra vida dé testimonio de tu misericordia y de tu gracia.

Por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Una vez, en la corte real de Persia, una joven judía llamada Ester se enfrentó a un momento decisivo de vida o muerte. Su pueblo estaba amenazado y el consejero real, Amán, ya había conseguido un decreto para su destrucción. Ester no podía hacer nada sola, pero sí podía hacer algo con Dios. Oró con todo su corazón: *“Ven en mi ayuda, porque estoy sola y no tengo a nadie más que a ti, Señor.”* Luego, llena de valor, entró en la presencia del rey, desenmascaró el plan de Amán y obtuvo la protección real para su pueblo. Su oración, nacida de la vulnerabilidad y de la confianza, se convirtió en fuente de fuerza para la acción, y su pueblo fue salvado.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos llama a una fe semejante: *“Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá.”* Nos invita a una oración perseverante, a seguir llamando a la puerta de Dios, como Él mismo lo hizo en su vida. Jesús oró en Getsemaní, pidiendo fortaleza; oró por Pedro para que su fe no desfalleciera; incluso oró por quienes lo crucificaron.

Muchas veces la oración brota también en nuestros momentos de angustia, y sin embargo, como en la vida de Jesús, nuestras súplicas nunca son inútiles.

Es natural luchar cuando sentimos que nuestras oraciones no son respondidas. Oramos por la sanación, por la paz, por alivio, y nada cambia, o al menos no como esperamos.

San Pablo también experimentó esto con su “espinas en la carne”. Pero la respuesta de Dios vino en forma de gracia y fortaleza: *“Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta en la debilidad.”* La oración, incluso cuando no produce un cambio inmediato, nos abre a la presencia de Dios y nos va moldeando para vivir según su voluntad.

Jesús también nos enseña qué pedir: que venga el Reino de Dios, que se cumpla su voluntad en nuestra vida, el pan de cada día, el perdón y la fuerza para permanecer fieles. La oración de petición más pura siempre está arraigada en la voluntad de Dios, como Jesús nos mostró en Getsemaní: comenzando con nuestros deseos, pero terminando en la entrega confiada: *“Hágase tu voluntad.”*

Y nuestras oraciones no son solo para nosotros mismos;

también transforman la manera en que nos relacionamos con los demás. La regla de oro nos recuerda que al pedir a Dios cosas buenas, aprendemos a tratar a los demás con la misma generosidad que deseamos recibir.

La Cuaresma nos recuerda que somos siempre buscadores, peregrinos hacia Dios, sin llegar nunca del todo en esta vida. Pero no estamos solos en esta búsqueda. Dios ya está obrando en nuestra vida, respondiendo, guiando y abriendo puertas que ni siquiera sabíamos que existían.

Recuerdo a una joven madre que conocí una vez, desesperada por la recuperación de su hijo tras una larga enfermedad. Noche tras noche, oraba y llamaba a la puerta de Dios. La condición del niño no mejoraba de inmediato, y ella sentía que sus oraciones no eran escuchadas. Sin embargo, con el tiempo, comenzó a notar pequeños cambios en su propio corazón: paciencia, esperanza, compasión, que transformaron la manera de cuidar a su hijo y de vivir cada día. Al final, su oración sí

fue respondida, no eliminando la dificultad, sino abriéndola a la gracia y a la presencia de Dios.

Como Ester y como aquella madre, nuestro pedir, buscar y llamar invita el poder de Dios a nuestra vida. Y como promete Jesús, los dones de Dios esperan a quienes perseveran. Avanzamos con fe, confiando en que incluso en la debilidad, incluso en la incertidumbre, nunca estamos solos.

Años después, la madre que mencioné al inicio trajo a su hijo ya adulto a la iglesia. Recordó aquellas noches de desesperación y las oraciones que brotaban de su corazón. Comprendió que cada “llamar” y cada “pedir” la habían acercado más a Dios, habían formado su corazón y le habían dado una fuerza que nunca habría encontrado sola. La Cuaresma nos recuerda que la oración no se trata solo de obtener respuestas, sino de dejarnos formar por Dios, confiar en su providencia y abrirnos a su misericordia. Que también nosotros seamos audaces al pedir, constantes al buscar y perseverantes al llamar, con la certeza de que Dios siempre está con nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que este sacrificio nuestro
sea agradable a Dios, Padre todopoderoso,
que nos invita a pedir con confianza,
a buscar con fe
y a llamar con corazones perseverantes.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
al presentarte estas ofrendas,
recíbelas como signo de nuestra confianza
y de nuestra total dependencia de tu misericordia.
Purifica nuestros corazones con este sacrificio,
 fortalécenos en la perseverancia
y enséñanos a buscar tu voluntad en todo.
Que esta ofrenda nos acerque más a ti
y modele nuestra vida según tu amor.
Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
En tu gran misericordia nos llamas a buscarte,
a pedir tu guía y a confiar en tu amor fiel.
Deseas que abramos plenamente nuestros corazones a ti,
no solo en los momentos de necesidad,
sino en todos los aspectos de nuestra vida.
En este tiempo de Cuaresma nos invitas
a la reflexión sincera,
a reconocer nuestra dependencia de tu gracia
y a profundizar nuestra relación contigo
mediante la oración perseverante y la acción sincera.
Por medio de tu Hijo Jesucristo
nos has mostrado el poder de acudir a ti con fe:
en el miedo, en el dolor y en la incertidumbre,
Él pidió, buscó y llamó en la oración,

confiando siempre en tu voluntad.

Por Él somos llamados a seguir tu camino,
a vivir según tu querer
y a llevar tu misericordia al mundo.

Por eso, con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiado en la misericordia de Dios
y seguros de su amor por nosotros,
oremos ahora como Jesús nos enseñó,
con audacia y esperanza.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal
y de toda prueba que quiera separarnos de tu amor.
Guárdanos del pecado y condúcenos por el camino de la
santidad.
Fortalece nuestros corazones en este tiempo de

Cuaresma,
para que perseveremos en pedir, buscar y llamar,
y para que tu Reino crezca dentro de nosotros
y a través de nosotros.
Concédenos la paz de Cristo,
para que vivamos con esperanza,
actuemos con caridad
y permanezcamos fieles hasta el día de tu gloria eterna.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú dijiste a tus apóstoles:
“La paz les dejo, mi paz les doy.”
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia.
Guíanos con tu sabiduría,
fortalécenos con tu Espíritu
y únanos en tu amor.
Que esta paz guíe nuestros pensamientos,
nuestras palabras y nuestras acciones.

Que inspire reconciliación donde hay conflicto,
esperanza donde hay desesperanza
y valentía donde hay debilidad.
Haznos fieles a tu llamado
e instrumentos de tu paz
en nuestras familias, comunidades y en el mundo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.
Al acercarnos a esta mesa, reconozcamos que al recibir a
Cristo somos llamados a imitar su vida de pedir, buscar y
llamar, volviéndonos constantemente a Dios en la oración
y abriéndonos a su voluntad. Que esta comunión nos
fortalezca para llevar la presencia de Cristo a todos los
aspectos de nuestra vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al retirarnos de esta mesa, llevemos en el corazón las enseñanzas de Ester y las palabras de Jesús. Cada oración que elevamos, cada gesto de amor que realizamos y cada paso que damos hacia el Reino de Dios es una oportunidad para encontrarnos con su gracia. Perseveren en pedir, buscar y llamar. Confíen en que Dios escucha sus oraciones, incluso en el silencio, y que su vida puede ser transformada por su presencia. Vayan en paz, fortalecidos por esta Eucaristía, para vivir como testigos fieles del amor de Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,, te damos gracias por alimentarnos en esta mesa con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo. Que esta Eucaristía nos fortalezca para perseverar en la oración, pedir con confianza, buscar con fe y llamar con valentía. Ayúdanos a llevar las lecciones de Esther y las palabras de Jesús a nuestra vida diaria, abriendo nuestros corazones a tu voluntad, actuando con misericordia y

sirviendo a los demás con generosidad. Que la gracia que hemos recibido transforme nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones, para que en todas las cosas vivamos como testigos fieles de tu amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios todopoderoso,
que nos llama a buscar, pedir y llamar,
los fortalezca en la fe,
los llene de esperanza
y profundice su confianza en su misericordia.
Que Cristo, que intercede sin cesar por nosotros,
guíe sus corazones para cumplir su voluntad
y les conceda el valor de seguirlo fielmente.
Y que el Espíritu Santo,
que transforma nuestras oraciones y nuestras obras,
los conduzca a toda verdad,
paz y amor. **Amén.**

DESPEDIDA

Vayan y vivan pidiendo, buscando y llamando, con la certeza de que Dios siempre está cerca.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

En este tiempo de Cuaresma, recuerden el valor de Ester, que oró desde lo más profundo de su necesidad, y la promesa de Jesús: *“Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá.”*

Tal vez nuestras oraciones no siempre sean respondidas como esperamos, pero cada clamor sincero y cada búsqueda fiel abre nuestro corazón a la gracia de Dios. Esta semana, presten atención a su oración: pidan con valentía, busquen con fe y llamen con perseverancia, confiando en que Dios está moldeando su vida, incluso en el silencio.

Viernes de la 1ª Semana de Cuaresma

Ezequiel 18,21-28; Mateo 5,20-26

INTRODUCCIÓN

“Yo les digo...” – en estas palabras de Jesús escuchamos el llamado a algo completamente nuevo: el reino de Dios que Él proclama. Las exigencias de Jesús para quienes heredarán este reino son altas. Nosotros también debemos examinar constantemente cuán fielmente vivimos como cristianos. La Cuaresma nos invita a reflexionar sobre qué tan alineadas están nuestras vidas con la Palabra de Dios—no para quedarnos en el fracaso, sino para retomar el camino de Jesús una y otra vez. Se cuenta la historia de dos vecinos que habían vivido lado a lado durante años en relativa paz. Un día, un pequeño malentendido por una cerca se intensificó. Se intercambiaron palabras duras y pronto comenzó a surgir la amargura. Semanas después, uno de ellos se dio cuenta de que la ira que albergaba había crecido mucho más allá del desacuerdo inicial. Se había enraizado en su corazón y amenazaba con destruir la relación por

completo. Reuniendo valor, fue hacia su vecino, se disculpó y buscó la reconciliación. Ese simple acto transformó no solo la disputa por la cerca, sino también el ambiente de toda su comunidad.

Las lecturas de hoy nos invitan a una reflexión similar: ¿cómo manejamos la ira, la amargura y la separación en nuestros corazones? ¿Cómo fomentamos la reconciliación y la vida?

ACTO PENITENCIAL

Señor, Jesucristo, el reino de Dios está cerca de nosotros en ti. Nos llamas a una vida de misericordia, amor y justicia. Confesamos que con demasiada frecuencia albergamos ira, pronunciamos palabras que hieren y permitimos que la amargura eche raíces en nuestros corazones. Señor, ten piedad.

Cristo, Jesús, viniste a sanar a los corazones rotos y a reconciliarnos con Dios y entre nosotros. Perdónanos cuando no actuamos con justicia, cuando nos alejamos de los necesitados, o cuando cultivamos resentimiento en nuestros corazones. Cristo, ten piedad.

Señor, Jesús, nos llamas más allá de la ley hacia una virtud superior, una vida arraigada en tu amor.

Fortalécenos con tu Espíritu, para que podamos perdonar, buscar la reconciliación y hablar palabras que edifiquen en lugar de destruir. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios Todopoderoso, rico en misericordia, mire nuestros corazones, nos limpie de todos nuestros pecados, nos restaure en la alegría de la vida en Cristo y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, llamas a tu pueblo a la conversión y a la renovación del corazón. Concédenos que, mediante las disciplinas de esta temporada de Cuaresma, podamos crecer en santidad, profundizar nuestra fe y vivir según tu Palabra. Que los sacrificios que ofrecemos, las oraciones que elevamos y las obras de amor que realizamos den abundante fruto en nuestra vida, para que tu Espíritu encienda en nosotros el fuego del amor divino, ahora y siempre. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de dos vecinos que habían vivido lado a lado durante años en relativa paz. Un día, un pequeño malentendido por una cerca se intensificó. Se intercambiaron palabras duras y pronto comenzó a surgir la amargura. Semanas después, uno de ellos se dio cuenta de que la ira que albergaba había crecido mucho más allá del desacuerdo inicial. Se había enraizado en su corazón y amenazaba con destruir la relación por completo. Reuniendo valor, fue hacia su vecino, se disculpó y buscó la reconciliación. Ese simple acto transformó no solo la disputa por la cerca, sino también el ambiente de toda su comunidad.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos invita a una conciencia similar sobre cómo se desarrolla verdaderamente la vida. Los seres humanos a menudo pensamos en términos de equilibrar las cuentas: “Ojo por ojo, favor por favor.” Jesús ofrece una justicia más alta. Comienza con un mandamiento familiar: “No matarás.” Muchos podríamos pensar: “Esto no me concierne; no he matado a nadie.”

Pero Jesús va más profundo. Habla de la ira hacia un hermano o hermana, de insultar a otro, incluso de rechazar la fe de alguien. La destrucción de la vida, nos dice, a menudo comienza mucho antes del acto mismo: en el corazón, en nuestras palabras, en actitudes que dejamos sin control.

La enseñanza de Jesús nos llama a una virtud más profunda que la de los escribas y fariseos. Nos pide mirar no solo nuestras acciones, sino también las raíces de esas acciones: nuestras emociones, nuestras palabras, nuestras decisiones. La ira, aunque es una emoción humana normal, puede convertirse en una fuerza destructiva si se cultiva. Incluso palabras aparentemente pequeñas—apodos, faltas de respeto, desprecio—pueden moldear relaciones de maneras que llevan al daño. Jesús nos invita a atender estas corrientes internas de nuestro corazón y a permitir que el Espíritu de Dios las transforme. “Ven, Espíritu Santo, llena mi corazón y enciende en mí el fuego de tu amor.” A través de este Espíritu, Cristo vive en

nosotros, formando nuestro corazón y guiando nuestras acciones hacia la vida en lugar del daño.

La Cuaresma es una temporada para cultivar esta vida interior. Nos pide examinar nuestros corazones y buscar la reconciliación antes de que el conflicto escale. Jesús nos recuerda que restaurar relaciones a veces es más urgente que el culto ritual: “Deja tu ofrenda allí delante del altar y reconcílate primero.” La justicia de Dios, como nos recuerda Ezequiel, se trata de vida, no de castigo. Dios nos llama a alejarnos del mal, a vivir rectamente y a permitir la vida para los demás.

Nuestro desafío, entonces, es mirar honestamente nuestros propios corazones. ¿Dónde acecha la ira? ¿Dónde están las palabras que hieren o las actitudes que dividen? La Cuaresma nos invita a entregar esto a Dios, confiando en que el Espíritu Santo puede formar en nosotros la virtud más profunda que Jesús nos llama a vivir. Esta es la obra de la vida: transformar nuestros corazones para que nuestras acciones y palabras

fomenten la vida, la sanación y el amor en el mundo que nos rodea.

Volviendo a nuestra historia inicial, el vecino que eligió la reconciliación modeló lo que Jesús nos pide: no solo evitar el daño, sino restaurar activamente la vida. Cada acto de reconciliación, cada esfuerzo por transformar la ira en comprensión, cada palabra dicha con cuidado, acerca el reino de Dios a nuestros corazones y nuestro mundo. La Cuaresma es nuestra invitación a dar ese paso: permitir que Dios elimine la ira, sane la separación y encienda el fuego del amor en lo más profundo de nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestras ofrendas sean agradables a Dios, que nos llama a una justicia más alta y a un amor más profundo. Unamos nuestros corazones en gratitud y pidamos que, a través de estos dones, seamos fortalecidos en la virtud, reconciliados entre nosotros y conformados cada vez más a Cristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, te ofrecemos estos dones, signos de nuestras vidas y de nuestros corazones. Que el pan que traemos se convierta en fuente de tu vida en nosotros, y que el vino sea testigo de la alegría de tu Espíritu. Transfórmalos, Señor, para que nuestra ira sea sanada, nuestras separaciones reconciliadas y nuestras palabras y acciones reflejen tu amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Verdaderamente es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

En esta temporada de Cuaresma, recordamos cómo tu Espíritu nos llama a una vida más profunda, que va más allá de la letra de la ley hacia la transformación del corazón.

Nos llamas a perdonar a nuestros enemigos, reconciliarnos con los separados y cuidar la vida y la dignidad de cada persona. Por Cristo nos muestras el camino hacia la verdadera virtud, arraigada no en la

obligación, sino en el amor.

Y por eso, con todos los ángeles y santos, proclamamos tu gloria sin fin:

Santo, Santo, Santo...

ORACIÓN EUCARÍSTICA II

Antes de la epiclesis, para meditación personal:

Señor, envía tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre estos dones que presentamos. Que este pan y este vino se conviertan para nosotros en el cuerpo y la sangre vivientes de Cristo, formando nuestros corazones en tu amor. Transforma nuestra ira en compasión, nuestra amargura en perdón, y nuestras palabras en instrumentos de vida. Fortalécenos para vivir en armonía unos con otros y según tu voluntad, ahora y siempre.

Después de la anamnesis (después de “Haced esto en memoria mía”):

Al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que seamos llenos de tu Espíritu, renovados en nuestro corazón interior y hechos instrumentos de tu paz en el mundo. Que el

amor de Cristo habite en nosotros con abundancia, capacitándonos para perdonar, reconciliarnos y actuar con justicia, reflejando la justicia y misericordia de tu reino en todo lo que hacemos.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña que Dios juzga no solo nuestras acciones, sino las intenciones de nuestro corazón. Oremos ahora a nuestro Padre celestial, pidiendo que nos alejemos de la ira, busquemos la reconciliación y seamos transformados por su amor:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal: de la amargura y la ira que dañan nuestro corazón, de las separaciones que dividen a tu pueblo y de las tentaciones que nos alejan de tu vida. Concede tu paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia, estemos libres del pecado y seguros de todo peligro, mientras esperamos la bendita esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, dijiste a tus apóstoles: “La paz os dejo, mi paz os doy.” Concédenos esa misma paz, Señor, una paz que sane heridas, reconcilie corazones y restaure la unidad. No mires nuestros pecados, sino nuestro deseo de seguirte fielmente. Fortalece a tu Iglesia, para que vivamos en armonía, hablemos con dulzura y actuemos con amor. Que tu Espíritu nos guíe para ser instrumentos de reconciliación, sembrando justicia, misericordia y vida dondequiera que vayamos. Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Ven al banquete de Cristo, no como quien es perfecto, sino como quien busca sanación. Recibe el Pan de Vida que renueva corazones, transforma la ira en compasión y restaura lo que se ha roto. Que este banquete te fortalezca para perdonar, reconciliarte y vivir la virtud más profunda que Jesús nos llama a seguir en

esta Cuaresma. Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La primera semana completa de Cuaresma llega a su fin. Mis propósitos para esta temporada aún están presentes, pero siento que el impulso inicial se desvanece. Surgen dudas en mi corazón. ¿Realmente alcanzaré las metas que me propuse, tal vez con prisa? ¿Veo ahora mis límites con más claridad, fronteras que alcanzo demasiado rápido?

Señor, fortaléceme con este pan para el camino que quiero seguir en este tiempo. Dame la energía y el coraje necesarios para que el reino de los cielos brille a través de mi vida, y para que mis palabras y acciones sean luz para los demás.

Señor, hazme un instrumento de tu paz, para que ame donde hay odio; perdone donde hay ofensa; una donde hay conflicto; hable la verdad donde hay error; lleve fe donde hay duda; inspire esperanza donde hay

desesperación; lleve luz donde reina la oscuridad; y lleve alegría donde hay tristeza. Que tu Espíritu habite profundamente en mí, formando las raíces de una vida plenamente alineada con tu voluntad.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la gracia de esta Eucaristía, Señor, nos fortalezca para alejarnos del mal y buscar la reconciliación con quienes hemos ofendido. Que nos inspire a actuar con justicia, cuidar la vida y vivir en armonía unos con otros. Haz que, por tu Espíritu, nuestros corazones se renueven y nuestras vidas se transformen, para que el amor de Cristo brille en todo lo que hacemos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios Todopoderoso los bendiga, el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo.

Que el Señor mantenga sus corazones abiertos a su Espíritu, sus mentes atentas a su Palabra y sus vidas guiadas por su amor. Que transforme nuestra ira en compasión, nuestras separaciones en reconciliación y nuestras palabras en instrumentos de vida. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida, perdonando como han sido perdonados y amando como han sido amados.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La justicia de Dios es mayor que la ley, porque Dios es amor.

La esperanza está sembrada—sé el suelo donde pueda crecer.

Que esta semana, esta Cuaresma y cada día de nuestra vida sean momentos para cultivar corazones de paz, palabras de bondad y obras de reconciliación.

Sábado de la 1.ª Semana de Cuaresma

Deuteronomio 26:16-19; Mateo 5:43-48

INTRODUCCIÓN

A menudo es fácil y cómodo no tener una opinión propia y simplemente seguir los hábitos de los demás: “la gente piensa”, “la gente dice”, “la gente hace”. Sin embargo, cada uno de nosotros es responsable de nuestros pensamientos y acciones. No podemos escondernos detrás de otros. Como cristianos, estamos llamados a hablar y actuar como Jesús Cristo nos ha enseñado. Las reglas ordinarias ya no son suficientes. La medida de nuestras acciones no es lo que hacen los demás, sino el amor de Dios.

Hoy también recordamos a San Casimiro, que vivió en la Polonia del siglo XV. Iba a ser rey de Hungría, pero rechazó las intrigas políticas. Eligió vivir fielmente según los mandamientos de Jesús y el ejemplo de María, y murió a los 26 años.

La fe significa esforzarse por la unión entre Dios y la humanidad, por la comunión con Dios. Somos, como nos

recuerda el himno, propiedad de Dios. Recordar esto da forma a nuestra manera de vivir y de tratar a los demás, en pensamiento, palabra y obra. Preparemos nuestros corazones para entrar en esta celebración sagrada, buscando la misericordia de Dios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, nos llamas a amar más allá de nuestros instintos y a orar por quienes nos han hecho daño. Sin embargo, confesamos que con demasiada frecuencia respondemos a la ira con ira, a la amargura con amargura y al daño con represalia. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos muestras el camino de la cruz, un camino de entrega y amor divino. Hemos fallado al orar por nuestros enemigos, al buscar la reconciliación y al actuar con misericordia hacia los demás. Cristo, ten piedad.

Señor Jesucristo, nos llamas a la perfección como Dios es perfecto, a amar de manera inclusiva y sin límites. Perdónanos cuando limitamos nuestro amor, nos

aferramos a rencores o dejamos que la amargura endurezca nuestros corazones. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, rico en misericordia, nos libre de nuestros pecados y transforme nuestros corazones por el poder del Espíritu Santo. Que seamos fortalecidos para amar a quienes nos han herido, para orar por nuestros enemigos y seguir el camino de Cristo, que vence el mal con el bien. Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre eterno, vuelve nuestros corazones hacia ti, para que busquemos lo que realmente es necesario y te glorifiquemos mediante obras de amor. Ayúdanos a recibir tu Espíritu para que amemos a nuestros enemigos, oremos por quienes nos persiguen y superemos el mal con el bien. Que tu gracia guíe nuestros pensamientos,

palabras y acciones, para que nuestras vidas reflejen el amor divino de tu Hijo, Jesucristo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una maestra que, durante una excursión escolar, se encontró siendo tratada con rudeza e injusticia por un pequeño grupo de alumnos. Al principio, sintió que la ira y el resentimiento crecían dentro de ella. Pero, en lugar de reaccionar de la misma manera, rezó en silencio por ellos, pidiéndole a Dios que les ayudara a encontrar bondad y comprensión. Con el tiempo, su paciencia y compasión comenzaron a influir en los estudiantes. Cambiaron, no porque fueran obligados, sino porque experimentaron un amor que no devolvía el daño. Esta historia muestra, en pequeño, lo que Jesús nos llama a hacer en el Evangelio de hoy: un amor que va más allá del instinto, un amor que transforma corazones.

Los cristianos no son mejores ni peores que los demás, en general. Sin embargo, escuchamos el desafío de Jesús en el Evangelio de hoy: “Si solo aman a quienes los aman, ¿qué recompensa tendrán? ¿Acaso no hacen lo mismo los recaudadores de impuestos? Y si saludan solo a sus hermanos, ¿qué hay de extraordinario en eso? ¿No hacen lo mismo los paganos?” Jesús nos llama a más.

Ocasionalmente encontramos personas que han tomado esta enseñanza a pecho. Han sufrido a manos de enemigos, pero no guardan rencor. No desean devolver el mal con mal. En cambio, oran por sus perseguidores y les desean bien. Ser testigos de estas personas inspira respeto, admiración y una sensación de lo que es verdaderamente noble en la naturaleza humana. Jesús llama a esto amor divino, el tipo de amor que refleja la misericordia de Dios. San Pablo nos recuerda que Dios demuestra su amor por nosotros incluso cuando aún éramos pecadores; la cruz es la prueba máxima del amor de Dios por los enemigos y por los indignos.

El llamado del Evangelio es desafiante. Amar a nuestro enemigo no depende de los sentimientos; es un acto de voluntad. Podemos tener dificultades para identificar a alguien como enemigo, pero a menudo podemos nombrar a quienes nos han lastimado u ofendido. Jesús nos invita a desearles bien, a orar por su bienestar y a actuar con bondad y generosidad, incluso cuando somos provocados. Esta es la esencia del amor divino al que nos llama. Como escribe Pablo: “No devuelvan a nadie mal por mal... No se dejen vencer por el mal, sino venzan el mal con el bien.” Jesús también nos llama a la perfección, no la perfección que el mundo entiende, sino la perfección que Dios encarna: misericordiosa, inclusiva y divina en su calidad. Ser perfectos como Dios es perfecto significa amar sin límites, incluso a quienes nos persiguen o nos hacen daño. No podemos hacerlo solos. El Espíritu de Dios, el Espíritu de amor, nos da poder. A través de la oración, la reflexión y el don del Espíritu, podemos crecer en el amor extraordinario que Jesús exige, un amor que reconcilia, sana y transforma tanto a nosotros como a los demás.

La Cuaresma nos invita a tomar este desafío en serio: examinar nuestros corazones, confrontar los rencores que guardamos y abrirnos al Espíritu que hace posible el amor divino. La oración, especialmente por quienes nos han hecho daño, es un acto poderoso de libertad. Nos libera del cautiverio del resentimiento y el miedo y permite que la justicia y misericordia de Dios arraiguen en nuestros corazones.

Volviendo a nuestra historia inicial, la oración silenciosa de la maestra por quienes la trataron injustamente demuestra el poder de este amor. Cambia no solo a aquellos por quienes se ora, sino también a quien ora. La Cuaresma nos llama a entrar en esta práctica: a ejercitar la paciencia, la misericordia y la voluntad de amar más allá del instinto, reflejando la perfección de Dios en nuestras vidas.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que ofrecemos sean agradables a Dios, que nos llama a una vida de amor y misericordia divina, y aceptables para nuestro Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estos dones que traemos en agradecimiento por tu misericordia. Que este pan alimente nuestros corazones y este vino fortalezca nuestro espíritu, para que amemos sin límites, perdonemos a quienes nos persiguen y reflejemos tu amor divino en todas nuestras acciones. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

En esta temporada de Cuaresma, nos llamas a una vida de conversión más profunda, a examinar nuestros

corazones y apartarnos del pecado, la ira y el resentimiento. Nos invitas a seguir el camino de tu Hijo, Jesucristo, que nos enseña no solo a amar a nuestro prójimo, sino también a amar a nuestros enemigos y a orar por quienes nos persiguen.

A través de este amor extraordinario, vemos tu misericordia revelada, tu justicia cumplida y tu Espíritu obrando en nosotros, transformando nuestros corazones y mentes.

Por el poder de tu Espíritu, somos fortalecidos para vencer el mal con el bien, actuar con perdón y buscar la reconciliación donde hay división. No nos llamas a un amor mínimo o conveniente, sino a un amor que refleje tu perfección divina: un amor paciente, misericordioso e inclusivo, que abarca a todos, incluso a quienes se nos oponen.

Por ello, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los ejércitos celestiales, proclamamos tu gloria y sin cesar aclamamos:
Santo, Santo, Santo...

ORACIÓN EUCARÍSTICA II

Antes de la epiclesis, para meditación personal:

Envía, Señor, tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre estos dones, para que este pan y este vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Transforma nuestros corazones, sana nuestra ira y arraiga en nosotros un amor que perdona, reconcilia y vence el mal con el bien. Que esta Eucaristía nos fortalezca para vivir como hijos de Dios, reflejando la misericordia divina en todo lo que hacemos.

Después de la anamnesis (después de “Haced esto en memoria mía”):

Al recibir tu Cuerpo y Sangre, que el Espíritu nos llene de valor para amar sin límites, orar por quienes nos hacen daño y actuar con justicia y misericordia. Que este sacramento sea fuente de transformación, guiando nuestros corazones hacia la virtud profunda a la que Jesús nos llama y moldeando nuestras vidas según tu voluntad.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña que Dios juzga no solo nuestras acciones, sino también las intenciones de nuestro corazón. Oremos ahora a nuestro Padre celestial, pidiendo que nos apartemos de la ira, busquemos la reconciliación y seamos transformados por su amor:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente del mal de la ira, el resentimiento y la división que habitan en nuestros corazones. Concede que, por el poder de tu Espíritu, podamos perdonar a quienes nos han hecho daño, orar por quienes nos persiguen y actuar con misericordia hacia todos.

Que tu Hijo, que vence todo mal por su cruz, nos fortalezca para amar como tú amas, reflejar tu perfección en nuestra vida diaria y llevar paz, reconciliación y vida dondequiera que vayamos, mientras esperamos la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, dijiste a tus apóstoles: “La paz os dejo, mi paz os doy.” No mires nuestros pecados, sino nuestro deseo de seguirte fielmente. Fortalece a tu Iglesia, para que vivamos en armonía, perdonemos libremente y actuemos con misericordia hacia todos, incluso nuestros enemigos. Que tu Espíritu nos guíe en cada palabra y acción, para que tu paz reine en nuestros corazones y en el mundo. Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Vengan a la mesa de Cristo, no como quienes son perfectos, sino como quienes buscan sanación. Reciban el Pan de Vida que renueva los corazones, transforma la ira en compasión y restaura lo que ha sido quebrantado. Que este banquete los fortalezca para perdonar, reconciliar y vivir la virtud profunda a la que Jesús nos llama en esta Cuaresma.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, me cuesta amar a mis enemigos. Aún no puedo orar por mis perseguidores. Siento deseos de desearles daño o vengarme. Sé que esto está mal. Me entristece no poder amar plenamente a todos.

Ayúdame, Señor, a reflexionar sobre lo bueno en aquellos que considero mis enemigos, a ver en ellos lo que es digno de amor, y a orar para que el mal en sus corazones disminuya y actúen con bondad. Fortaléceme con tu Espíritu, para que el amor que tú das fluya a través de mí y transforme mis palabras, mis acciones y mi corazón.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la gracia de esta Eucaristía nos inspire a seguir el camino de Cristo: perdonar libremente, amar sin límites y orar por quienes nos hacen daño. Que profundice nuestros corazones en el amor divino, reconcilie nuestras relaciones y nos fortalezca para vivir según el llamado del Evangelio, venciendo el mal con el bien. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios todopoderoso los bendiga, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Que el Espíritu de Cristo llene sus corazones de valor para amar a sus enemigos, orar por quienes los persiguen y actuar con misericordia.

Que sus vidas reflejen el amor perfecto de Dios, sus palabras traigan reconciliación y sus acciones encarnen la justicia y la paz divinas.

Y que Dios todopoderoso los bendiga +... Amén.

DESPEDIDA

Vayan en el amor de Cristo, perdonando a quienes los hieren, orando por quienes se les oponen y esforzándose siempre por vencer el mal con el bien.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Jesús nos llama a un amor que trasciende el instinto, un amor que ora por los enemigos y perdona libremente. La vida es un regalo y una tarea de Dios; que la abracemos con corazones abiertos a la reconciliación, la misericordia y el amor divino que transforma todas las cosas.